

A detailed illustration of a man with a beard and a bloody knife. The man's face is in the upper right, looking down with a somber expression. His hand is in the lower right, gripping a knife with a blood-stained blade. The background is a dark, textured green. The text is overlaid on the left side of the image.

Neil
Cross
CAPTURADO
DOSSIER DE PRENSA



VALDEMAR / ES POP EDICIONES: COLECCIÓN ES POP NARRATIVA Nº 3

Título: *Capturado*

Autor: *Neil Cross*

Características: 14 x 21,5 cm. 256 páginas. Rústica con solapas

Precio: 16 €

ISBN: 978-84-937771-2-8

Publicado por Es Pop Ediciones

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

www.espop.es

info@espop.es

En coedición con Valdemar

Gran Vía, 69 - 28013 Madrid

www.valdemar.com

Pág. 1: Sinopsis

Pág. 3: Reseñas breves

Pág. 4: Recortes de prensa

Pág. 8: Entrevista con el autor

Pág. 12: Portada

Pág. 13: Extracto del libro

Miniatura de la sobrecubierta



Neil Cross es autor de más de media docena de novelas, entre las que destacan *Capturado*, *Entrada y Salida* y *National History*, así como un celebrado libro de memorias: *Howland*. También ha sido guionista de la exitosa serie de televisión *Spooks* y es el creador de *Luther*, un drama criminal producido por la primera cadena de la BBC. Vive en Nueva Zelanda con su esposa y sus dos hijos.

Es Pop Ediciones
www.espop.es

Valdemar
www.valdemar.com

Diseño de cubierta: Oscar Palau
Distribuciones: Kato
www.kato.es



Kenny Drummond acaba de descubrir que sólo le queda un mes y medio de vida. Su mejor amigo de la infancia, Callie Barton, ha desaparecido sin dejar rastro tras haber sido víctima de malos tratos. Y aunque nadie ha conseguido demostrar que su mundo tuviera algo que ver con sus dos queridos, nadie parece ocultar algo, por lo que a Kenny no le queda más remedio que tomar cartas en el asunto. ¿Hasta dónde estaremos dispuestos a llegar para averiguar la verdad si no tuviera nada que perder?

Un thriller psicológico que comparte elementos con la obra de Ruth Rendell y Barbara Vine, al servicio de una visión genuina y nada complaciente de lo que puede llegar a pasar cuando las buenas intenciones se fuerzan.

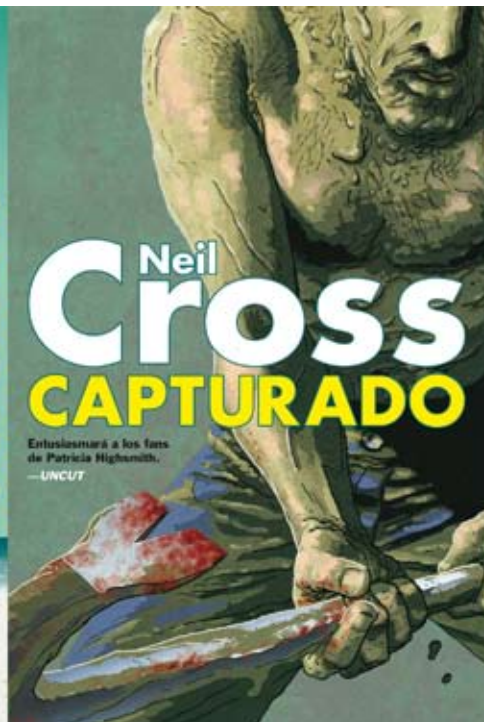
—TIMES LITERARY SUPPLEMENT

Neil Cross es un escritor maravilloso, sobrado de perspicacia y mordacidad. La respuesta británica a Stephen King.

—THE GUARDIAN



9 788493 777128



Neil
Cross
CAPTURADO

Entusiasmara a los fans de Patricia Highsmith.
—UNCUT

Kenny Drummond acaba de descubrir que sólo le queda mes y medio de vida. Antes de morir quiere reconciliarse con su mejor amigo de la infancia, Callie Barton. Pero Callie ha desaparecido tras haber sido víctima de malos tratos a manos de su marido. Y aunque nadie ha conseguido demostrar que éste tuviera algo que ver con su desaparición, desde luego parece ocultar algo, por lo que a Kenny no le quedará más remedio que tomar cartas en el asunto. Y sabiendo que apenas le queda tiempo para descubrir el misterio, tendrá que decidir si está dispuesto a llegar hasta donde haga falta para averiguar qué fue realmente de Callie. Con *Capturado* Neil Cross se revela como un auténtico maestro del thriller psicológico, capaz de urdir tramas tan sorprendentes, tensas, misteriosas y moralmente complejas como las de la mejor Patricia Highsmith.

SINOPSIS

Kenny Drummond acaba de descubrir que tiene un tumor en el cerebro y que sólo le queda mes y medio de vida. Antes de morir decide escribir una lista de personas a las que cree haber defraudado a lo largo de su vida para disculparse con todas y despedirse de ellas debidamente.

Entre esas personas está la que en su día fue la mejor amiga de su infancia, Callie Barton. Pero cuando intenta recuperar el contacto con ella, Kenny descubre que Callie ha desaparecido tras haber sido víctima de malos tratos a manos de su marido. Y aunque nadie ha conseguido demostrar que éste tuviera algo que ver con su desaparición, desde luego parece estar ocultando algo, por lo que a Kenny no le quedará más remedio que tomar cartas en el asunto.

Sabiendo que apenas le queda tiempo para desvelar el misterio, Kenny tendrá que decidir si está dispuesto a llegar hasta donde haga falta para averiguar qué fue realmente de Callie.

Con *Capturado* Neil Cross se confirma como un auténtico maestro del thriller psicológico, capaz de urdir tramas tan sorprendentes, tensas, turbias y moralmente complejas como las de la mejor Patricia Highsmith.

**¿HASTA DÓNDE ESTARÍAS
DISPUERTO A LLEGAR
PARA AVERIGUAR LA
VERDAD SI NO TUVIERAS
NADA QUE PERDER?**



NEIL CROSS es autor de más de media docena de novelas, entre las que destacan *Capturado*, *Enterrada* y *Natural History*, así como de un celebrado libro de memorias: *Heartland*. También ha sido guionista de la exitosa serie de televisión *Spooks* y es el creador de *Luther*, un drama criminal producido por la primera cadena de la BBC. Vive en Nueva Zelanda con su esposa y sus dos hijos.

RESEÑAS BREVES

Capturado es una novela original y reflexiva, un thriller psicológico que comparte elementos en común con la obra de Ruth Rendell y Barbara Vine. Auténtico poderío puesto al servicio de una visión genuina y nada complaciente de lo que pasa cuando las buenas intenciones se tuercen.

SEAN O. BRIEN, *THE TIMES LITERARY SUPPLEMENT*

Cross no es un autor de novelas de horror al uso, sino algo más difícil de definir. Por mucho que los sobresaltos te acompañen durante un par de días, hay algo más sustancioso y fétido oculto por debajo de su prosa que te perseguirá durante una temporada considerablemente más larga.

TOM COX, *THE TIMES*

Cross es un autor asombroso, un poeta de la tensión capaz de aterrorizarte y de dejarte helado retratando de una sola pincelada las fuerzas malignas y oscuras que campan a sus anchas por el mundo.

TIME OUT MAGAZINE

Cross es un escritor maravilloso, sobrado de perspicacia psicológica y de mordacidad. La respuesta británica a Stephen King.

JOHN O'CONNELL, *THE GUARDIAN*

Una vez más, Neil Cross ha demostrado ser un maestro no sólo del suspense, sino también del horror.

HENRY SUTTON, *THE DAILY MIRROR*

Tiene una habilidad asombrosa para escarbar en las capas más profundas de la psique humana.

ALEXANDRA MASTERS, *THE OBSERVER*

RECORTES DE PRENSA

CUANDO LAS BUENAS INTENCIONES SE TUERCEN

SEAN O. BRIAN

THE TIMES LITERARY SUPPLEMENT

Capturado, de Neil Cross, es una novela original y reflexiva, un thriller psicológico que comparte elementos en común con la obra de Ruth Rendell y Barbara Vine. Cuando un pintor con problemas para llegar a final de mes descubre que va a morir debido a un tumor cerebral, decide que debe enmendar los errores del pasado. Su frágil condición le lleva, por razones que quizá otros no comprendan, a intentar localizar a una antigua compañera de colegio. Tras descubrir que ésta ha desaparecido, posiblemente asesinada, y que nadie ha sido detenido por ello, decide perseguir personalmente al principal sospechoso: el marido. A pesar de que los acontecimientos que siguen a esta decisión son grotescos y terribles, la trama está perfectamente compuesta y tiene el peso de lo inevitable. Pero nada de todo esto sería igual de interesante sin la compleja cotidianidad de los personajes, en particular del sospechoso, su nueva novia, la ex pareja del protagonista y una policía retirada. Los parajes de Inglaterra occidental sirven de marco efectivo como terreno cotidiano sobre el que los personajes se mueven con creciente desesperación. *Capturado* transmite una sensación de auténtico poderío contenido, puesto al servicio de una visión genuina y nada complaciente de lo que pasa cuando las buenas intenciones se tuercen.

EL LIBRO DE LA SEMANA

HENRY SUTTON

THE DAILY MIRROR

Si sólo te quedaran semanas de vida, ¿qué harías? ¿Darle las gracias a la gente que fue amable contigo o vengarte de aquellos que no lo fueron? Afectado por un tumor cerebral maligno, Kenny opta por lo primero. Ni siquiera tiene tantos individuos a los que darle las gracias, pero las consecuencias de sus actos rápidamente adoptarán un cariz muy siniestro. Una vez más, Neil Cross demuestra ser un maestro no sólo del suspense, sino también del horror. Leyendo su prosa crepitante y sus relatos expertamente estructurados resulta fácil entender porque es además un guionista de éxito (además de escribir para *Spooks* ha creado

la nueva serie de la BBC, *Luther*). En cualquier caso sus novelas no hacen sino mejorar cada vez más tras haber encontrado un estilo engañosamente simple pero realmente intenso y convincente.

A pesar de que en ocasiones *Capturado* roza la histeria (ciertamente lo históricamente violento) uno nunca tiene la sensación de que Cross esté a punto de perder el control de la trama, a pesar de que sus personajes sí lo hagan.

Antes de morir, Kenny está decidido a encontrar a su mejor amiga de la niñez, Callie Barton, que lo defendió de los matones que lo acosaban cuando iban juntos al colegio. Sin embargo, con la ayuda de una agente de policía jubilada, descubre que Callie desapareció hace un par de años y que aunque su marido, Jonathan, fue sospechoso de haber sido el responsable a pesar de que nadie pudo llegar a demostrarlo.

Tras iniciar su propia investigación, Kenny se convence de que Jonathan es más que culpable y se dispone a raptarle e interrogarle para sacarle una confesión.

Con pocos días de vida por delante, la desesperación de Kenny por averiguar lo que fue realmente de Callie aumenta. Pero Jonathan es más duro de lo que parece y la duda empieza a aposentarse en la mente cada vez más enferma de Kenny.

Con sus buenas intenciones echadas completamente a perder, Kenny descubre que se está quedando sin opciones, tiempo y perspectiva.

Que Cross se capaz de llegar a una resolución satisfactoria es mayor testimonio aún tanto de su habilidad técnica como de su imaginación.

LA RESPUESTA BRITÁNICA A STEPHEN KING

JOHN O'CONNELL

THE GUARDIAN

Con cada nuevo libro que escribe, la prosa de Neil Cross se vuelve más depurada e intensa. *Capturado* nos manipula astutamente para que comencemos sintiendo plena simpatía por Kenny, un hombre al que sólo le quedan unas semanas de vida, en el transcurso de las cuales intentará encontrar a una vieja amiga de la infancia, Callie, con la intención de agradecerle que su amabilidad cuando eran niños. Lo que descubre sacará una parte animal de su interior, algo que sabemos que deberíamos rechazar por completo. Pero Cross utiliza la enfermedad de Kenny y sus ataques no sólo para incrementar la tensión sino para mantenernos de su parte mucho más allá del punto de lo moralmente aceptable. Cross es un escritor maravilloso, sobrado de perspicacia psicológica y de mordacidad. Fue el guionista principal de la última serie de *Spooks* y aún puede que la televisión nos lo robe por completo si no espabilamos y empezamos a reconocerle como lo que es: la respuesta británica a Stephen King.

UNA PESADILLA VISCERAL

MAXINE CLARK

EUROCRIME

Este es uno de esos libros para los que querrán reservar un par de horas que te permitan leerlo desde la primera hasta la última página. Y cuando lo hayan terminado sentirán la necesidad de hacer algo cálido y reconfortante, como acariciar al gato o beberse una taza de chocolate muy caliente, porque *Capturado* es el equivalente literario del olor mohoso, rancio y desagradable que encontraríamos al abrir la puerta de una caravana fría, húmeda y abandonada en mitad de un prado.

La novela comienza tristemente con un joven artista, Kenny, que descubre que tiene un tumor cerebral inoperable y que sólo le quedan un par de semanas de vida, semanas en las que sufrirá una serie de ataques que le irán mermando paulatinamente las facultades. Kenny acepta la revelación flemáticamente y decide elaborar una lista de personas a las que conoció en el pasado de las que le gustaría despedirse. La lista es corta, y en principio todo sale bien. Hasta que intenta localizar a una muchacha a la que conoció en el colegio, la única compañera que fue amable con él y a la que no ha vuelto a ver desde entonces. Kenny solicita la ayuda de una agente de policía retirada, Pat, para que la encuentre. Por desgracia, las averiguaciones de ésta otorgarán a Kenny una nueva misión, que se descontrolará hasta convertirse en una terrible y visceral pesadilla impulsada por la desesperación cada vez mayor de Kenny a medida que se le va acabando el tiempo.

La lectura de *Capturado* es una experiencia intensa y por momentos deprimente, pero indudablemente poderosa y cautivadora. Por una parte, el autor muestra un falta total de sentimentalismo, pero por otra es capaz de retratar con convicción a personajes tan cálidos como la ex esposa de Kenny, Mary, y su nuevo marido, Stever. Quizá el aspecto más arrebatador del libro sea la enorme simpatía que el lector siente, y sigue sintiendo, por Kenny a pesar de sus terribles actos. Se trata de un logro impresionante capaz de dejar helado a cualquiera. Echen un tronco a la chimenea y acurrúquense bajo una manta antes de empezar a leerlo.

TRAMA Y CARACTERIZACIÓN

BEN HUNT

MATERIAL WITNESS

Hacía tiempo que no me leía un libro con tanta rapidez con la que me leí ayer la nueva obra maestra del suspense de Neil Cross, *Capturado*.

El año pasado, con la espeluzante *Enterrada*, Cross consiguió transmitirme semejante tensión que casi me llevó a saltar hasta las últimas páginas para echar un deshonroso vistazo a la conclusión. Con *Capturado*, la compulsión por llegar hasta el desenlace del relato es igual de intensa, aunque esta vez no me sentí tentando de hacer trampas.

En vez de eso, el lector se ve atrapado por una historia bellamente construida que Cross hace avanzar a gran velocidad y con tensión creciente.

A Kenny Drummond, un pintor solitario, se le diagnostica un tumor cerebral fatal; los médicos le comunican que como mucho le quedan unas cuantas semanas de vida. La reacción de Kenny es redactar una lista de personas a las que de algún modo ha defraudado en el transcurso de su vida y se decide a arreglar de algún modo las cosas a pesar de que con tres de las cuatro personas que aparecen en su lista hace décadas que no tiene contacto.

Rápidamente consigue tachar a dos de ellas de la lista, dejando únicamente a su ex mujer, Mary, y a una chica a la que conoció cuando iba al colegio y que fue amable con él en un momento en el que nadie más lo fue. Kenny descubre que la chica, ahora una mujer casada llamada Caroline Reese, desapareció algunos años antes en un caso criminal altamente publicitado.

Con su condición empeorando día tras día y sabiendo que se le acaba el tiempo, Kenny se dispone a averiguar qué sucedió realmente con ella. En el proceso, se pondrá a sí mismo y también a sus amigos en peligro, iniciando una cadena de acontecimientos que amenazará el delicado equilibrio de muchas vidas.

Hay dos elementos en la prosa de Cross que verdaderamente elevan estos libros hasta la categoría de los realmente especiales. El primero es la caracterización. *Capturado* no es un libro particularmente extenso, y varios de los personajes menores tienen papeles más bien cortos. Pero por muy cortos que sean, a menudo resultan críticos para la trama, y Cross se cuida mucho de asegurarse de que funcionan dentro de la historia de un modo consistente y creíble que resulta francamente impresionante. El segundo, quizá apropiado para uno que fuera guionista principal en la serie *Spooks*, es que sabe cómo hacer que una trama fluya desde el principio hasta el final, elevando consistentemente el ritmo y los niveles de tensión a la vez que sigue manteniendo al lector en ascuas.

ENTREVISTA CON EL AUTOR

SERIAL THRILLER

MIKE WHITE

VENUE MAGAZINE, ENERO 2010

¿Influyeron sus años escolares en Bristol tanto como para llevarle a ambientar *Capturado* de una manera tan milimétrica en aquella zona?

Los escolares no tanto, pero sospecho que los años inmediatamente posteriores que pasé en el paro y tirado en la cama sí que han debido jugar cierto papel. Lo cierto es que a pesar de que me marché de Bristol hace más de veinte años, la ciudad sigue profundamente arraigada en mi cerebro. Soy de allí y la mayor parte de mi familia sigue viviendo allí, al igual que la mayoría de ese tipo de amigos que uno cuenta como una familia alternativa. No importa en qué parte del mundo esté, sólo tengo que abrir la poca para que la gente oiga el efecto formativo que tuvo Bristol sobre mí. Y es considerable.

Lo que resulta evidente es que conoce muy bien la zona. ¿Escribió la novela durante una estancia allí?

Por desgracia no. Aunque voy cuatro o cinco veces al año a Gran Bretaña y como mínimo una a Bristol, el Bristol de mis libros tiene que ver menos con la geografía que con un paisaje psicológico y muy particular. Hay lugares de aquella zona que tienen para mí un significado que no tiene nada que ver con la autobiografía: el Grand Pier de Weston, el Paragon de Clifton, Avebury. No son lugares que asocie con momentos felices. A menudo ni siquiera tengo recuerdos específicos de ellos. Su influjo sobre mi imaginación es mucho más misterio que eso... lo cual es un modo de decir que en realidad no acabo de entenderlo.

***Capturado* es una obra bastante cruda, más aún teniendo en cuenta que no cuenta con ningún “héroe” evidente. ¿Qué atractivo tenía para usted enfrentarse a un protagonista violento (Kenny) contra otro hombre del cual sabemos que golpeaba a su esposa y que podría incluso haber llegado a asesinarla?**

Es que yo no estoy de acuerdo con esa apreciación. Para mí, Kenny es un héroe. Él se considera a sí mismo un caballero errante herido de muerte que, con intención de vengar un espantoso agravio, cabalga en dirección a tierras desconocidas. Elige un modo equivocado de hacerlo y comete errores realmente terribles en el camino, pero sus intenciones son puras en todo momentos. Puede que la historia sea un poco cruda, lo reconozco, pero para mí tiene un final feliz. También le reconoceré que es un concepto de felicidad más bien peculiar, y que quizá sólo yo lo considere así, pero en última instancia yo diría que *Capturado* trata sobre el triunfo del amor.

En una entrevista reciente decía que «No hace falta demasiado para convertirnos en animales». ¿Es eso lo que estaba intentando explorar con Kenny?

Sí. Creo que Kenny era un buen hombre, probablemente el personaje más agradable que haya creado jamás... y efectivamente se convierte en un animal. Es una fascinación constante que no remite, pensar que la diferencia entre un asesino inhumano y yo sea cuestión de grado más que de categoría. La mayoría de la maldad causada por los seres humanos es consecuencia de las circunstancias. Por eso casi nunca salgo de casa.

Los escritores a menudo dicen que son sus personajes los que dictan la trama. ¿Alguna vez le ha pasado a usted algo parecido?

Me pasó en una ocasión. Mi novela *Holloway Falls* se revolvió entre mis manos como un gato y acabó siendo un libro completamente distinto al que me había dispuesto escribir. Desde entonces he aprendido mucho acerca de la disciplina de componer una novela. Para mí se han equivocado los experimentos de «dejar que cobre forma por sí sola», muchas gracias. En cualquier caso sigo considerando necesario confiar en el subconsciente, lo cual implica dejarle a los personajes cierto grado de libertad. Hay un momento alquímico en el que «cobran vida» y empiezan a hablar con voz propia. Ese aspecto del proceso sigue resultándome un misterio y en cierto modo algo inquietante. A veces se siente uno más como si estuviera invitando a estos individuos a entrar en su mente en vez de creándolos.

¿Alguna vez se preocupan su mujer o sus hijos cuando ven las cosas tan siniestras que escribe?

Mi mujer me conoce mejor que cualquier otra persona y sabe de dónde salen todas estas cosas, entiende que son consecuencia del temor, no del deseo. Escribo sobre lo que me da miedo que otros pudieran hacer conmigo, no de lo que a mí me gustaría hacerles a otros. En ocasiones le desconcierta si me regocijo demasiado en alguna idea particularmente

espantosa, sobre todo si me echo a reír en el momento en el que se me ocurre. Pero la cosa no pasa de ahí. Y para mis hijos sencillamente soy su padre. No sienten un verdadero interés por el contenido de mis libros. Una vez me senté con ellos a ver un episodio de *Spooks* particularmente movido, lleno de acción, carreras y explosiones. Creo que conseguí captar su atención durante quince minutos.

La prosa de *Capturado* es muy estilizada. Muy detallada pero al mismo tiempo sencilla. ¿Le resultó fácil acomodar su prosa a este estilo accesible de «persona normal»?

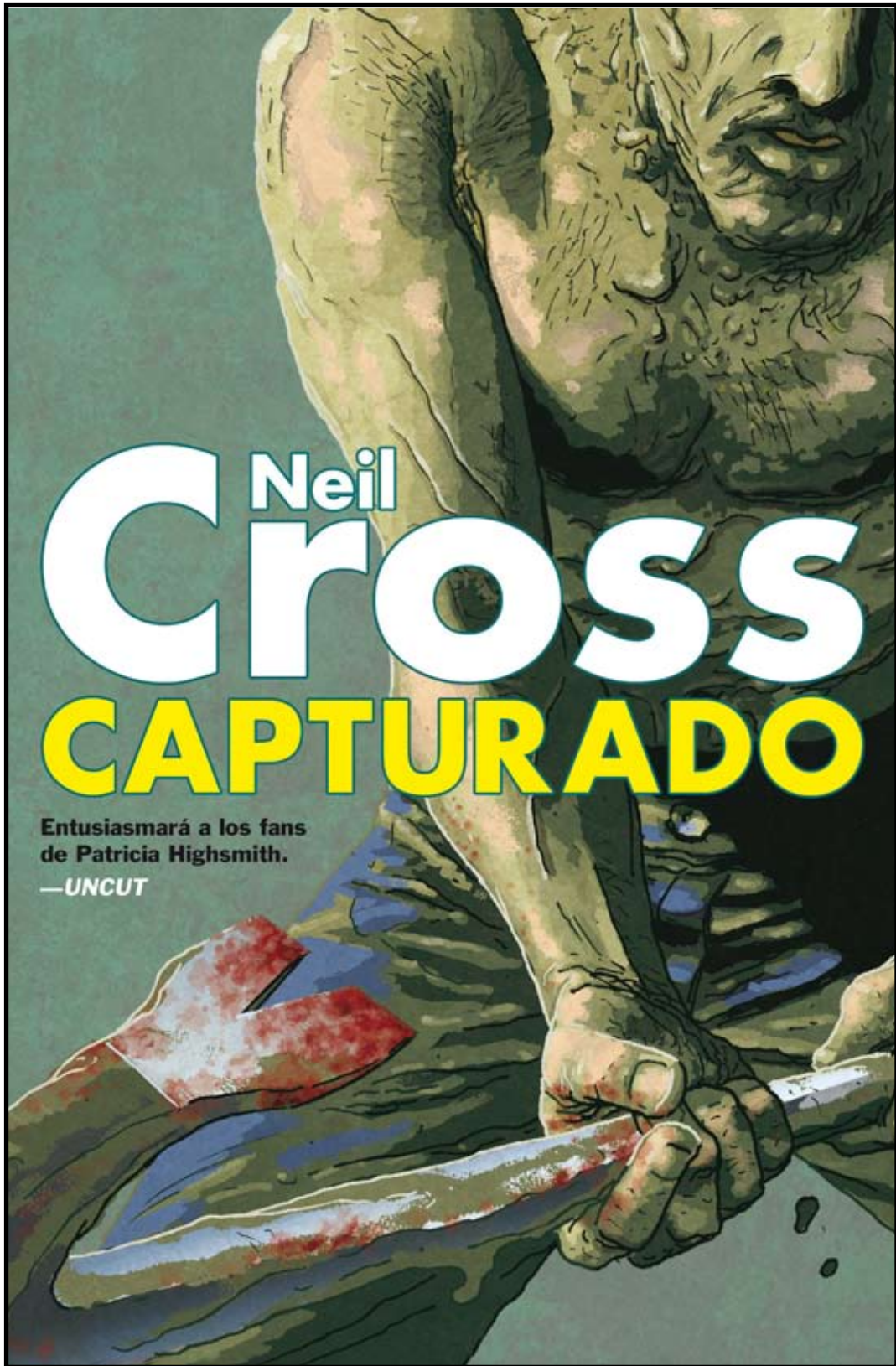
Al principio de mi carrera me vendieron como un novelista «literario», una percepción exacerbada por los dos minutos que pasé nominado al premio Man Booker. A pesar de que era una consideración que en cierto modo resultaba halagadora para mi vanidad de escritor joven, en realidad nunca me interesó demasiado. Siempre aspiré a ser un escritor de thrillers. Lo que pasa es que sólo hace dos o tres años que me siento lo suficientemente seguro con mi habilidad como para describirme de esa manera. Siempre he admirado a escritores muy precisos: Patricia Highsmith, Raymond Carver, Graham Greene... Y he trabajado duramente y durante largo tiempo para entender cómo funciona esa precisión y en qué modo está relacionada con el arte de narrar. Gran parte de mi proceso consiste en eliminar palabras hasta que sólo queda lo esencial. Y me encanta hacerlo, es mi parte favorita de todo el proceso. Siento una gran satisfacción cada vez que creo haber hallado ese detalle único que intensifica la escena para el lector.

De igual modo, apenas hay relleno en lo que se refiere a la trama: cuatro o cinco personajes principales, pocos giros y sorpresas... ¿Esto es fruto de una decisión consciente por evitar una historia demasiado enrevesada?

Apenas hay relleno, cierto, pero hay muchos más giros de los que uno recuerda luego. En cualquier caso, sí, mi intención era prescindir de cualquier tipo de material innecesario, como subtramas y pasajes discursivos. Es un tipo de narración esencialmente cinematográfica. Es un proceso cruel, porque la ley de Murphy dictamina que sea precisamente en las subtramas y en los pasajes discursivos donde brote la mejor «literatura» de uno. Pero como dijo Elmore Leonard, «si suena como si estuviera escrito, lo reescribo».

Su siguiente proyecto, *Luther*, es una serie de televisión protagonizada por Idris Elba, el Stringer Bell de *The Wire*. ¿Qué puede contarnos sobre ella y sobre otros proyectos futuros?

Con *Luther* hemos intentado crear algo completamente distinto a cualquier otra serie policíaca, y creo que lo hemos conseguido. Y no sólo porque Idris tenga una presencia escénica realmente tremenda. Cuando lo vean en acción en *Luther* sabrán a lo que me refiero. Interpreta a un hombre de mente brillante que no siempre mantiene el control sobre sus pasiones. Un hombre cuya fe absoluta en el amor le conduce a rincones muy oscuros. Y cuyo ansia por la justicia le lleva a actuar mucho más allá de los límites de la ley. Después tengo otro proyecto televisivo y un par de películas (incluida una ambientada en Bristol), pero de eso todavía no puedo contar nada. Y por supuesto habrá otra novela. Cuando se me ocurrió la idea me eché a reír a carcajadas... o sea que espero que sea de las buenas.



NEIL CROSS

CAPTURADO

VALDEMAR / ES POP NARRATIVA

TÍTULO ORIGINAL:
Captured
Simon & Schuster
Londres, 2010

1ª EDICIÓN: MAYO 2010

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

En coedición con
VALDEMAR [ENOKIA S.L.]
Gran Vía, 69 - 28013 Madrid
www.valdemar.com

© 2010 by Neil Cross
© 2010 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2010 de esta edición: Valdemar / Es Pop

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:
Ana García de Polavieja Embid

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-937771-2-8
Depósito legal: M-16998-2010

Kenny escribió la lista porque se estaba muriendo.

Aquella misma mañana, una resonancia magnética había revelado que un tumor cerebral maligno había germinado en los húmedos rincones de su cráneo igual que un champiñón entre el abono.

Le quedaban seis semanas de vida, quizá menos. Una quimioterapia agresiva, complementada por otro procedimiento brutal e invasivo llamado resección parcial, podría ampliar aquel periodo en un mes más. Pero Kenny no le veía el sentido.

De modo que les dio las gracias a sus médicos, salió del hospital y se fue a dar un paseo.

Era una tarde húmeda a mediados de julio. Estaba empezando a refrescar y la calle olía a la lluvia que se evaporaba sobre el asfalto aún caliente.

En Castle Green, Kenny se sentó en un banco. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta. Tenía el pelo blanco y alborotado como un diente de león. Observó a los oficinistas y los coches, los autobuses y los taxis. Después llamó a Mary.

Contestó al segundo timbrazo, con un alegre «¡Hola!».

—Hola.

—¿Estás bien?

—¡Sí!

—No lo parece.

Años antes, Kenny y Mary habían estado casados. Ahora ya no lo estaban, pero uno nunca deja de conocer la voz de la otra persona. Kenny dijo:

—Oye... ¿Te apetece que nos veamos?

—Esta noche no puedo, cielo. Tengo lío.

—¿Ni cinco minutos? Lo justo para picar algo.

—Es que ya sólo con lo que tardo en llegar... ¿Mañana mejor?

—Mañana no puedo. Tengo un cliente.

—¿Pasado, entonces? ¿El jueves? ¿Estás bien?

—Estupendamente, sí. Todo va bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Pues entonces nos vemos el jueves. ¿Te apetece un picnic si hace bueno?

—Muy buena idea. Te llamo.

Se despidió, colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Se aseguró de que llevaba las llaves de casa y la cartera. Entró en una farmacia a comprar los antiepilépticos y los corticosteroides que le habían recetado para hacerle las siguientes semanas un poco más agradables.

Luego siguió caminando hasta la parada del autobús. No estaba demasiado lejos y tampoco tenía ninguna prisa.

El pueblo estaba a las afueras de Bristol, en la llanura costera de North Somerset. El autobús tardaba un buen rato en llegar hasta allí, pero a Kenny no le importaba.

En ocasiones, cuando tenía mucho en lo que pensar, tomaba el autobús. Le relajaba. Y le gustaba viajar en él; le gustaba el modo en el que saltaba y se zarandeaba, recogía pasajeros y los volvía a dejar. Le gustaba el modo en el que la gente se despedía gritando «¡Gracias, chófer!» al bajarse.

Cuando el autobús llegó a su parada, Kenny descendió.

Era un pueblo viejo. Las casas estaban hechas con piedra de color bizcocho. La iglesia databa de los tiempos de la conquista de los normandos. Unos cuantos edificios nuevos, propios de una ciudad dormitorio, se desperdigaban por las afueras.

Kenny vivía en lo que antiguamente había sido la casa de un guardabosques. Había que caminar un kilómetro desde el pueblo, abandonar la carretera principal para seguir un sendero lleno de baches, rodeado de árboles y cubierto de hierba, y allí estaba.

Había sido remodelada y ampliada en varias ocasiones. La

última reforma, realizada en algún momento de los años cincuenta, había aportado el primer cuarto de baño.

El edificio principal estaba rodeado por varias estructuras de calamina y los esqueletos oxidados de unos cuantos coches, todos ellos Morris Minors. Llevaban allí desde que Kenny había comprado la casa, diez años antes.

Setos de zarzas y una incontrolable profusión de rododendros bordeaban un torrente de rápido cauce. Más allá de todo aquello, se extendía un panorama de grandes pastos, y entre medias la autopista, que conducía hacia las Cotswold al este y hacia Gales al oeste.

Vivía en la estancia más grande y mejor iluminada, organizada como si de un pequeño apartamento se tratase, con una cama, un armario, sillones y estanterías y un televisor.

Dicha estancia tenía acceso directo a la cocina. Más allá de la cocina, un largo pasillo daba paso a una serie de dormitorios fríos y húmedos que Kenny nunca había utilizado. También conducía hasta el gran invernadero que usaba como estudio.

Incluso en los días más nublados, el invernadero tenía buena luz. Estaba lleno de caballetes, cuadros a medio terminar, bocetos, pinturas, brochas, trapos, tarros de cristal.

Kenny tenía talento para los rostros y eso lo había convertido en un buen retratista.

Había intentado otras cosas. Durante un par de años estuvo trabajando como diseñador para una pequeña agencia publicitaria en Gloucester Road, creando logos para empresas locales. Ilustraba folletos promocionales, realizaba encargos para el ayuntamiento.

Ahora ya sólo hacía retratos.

Se sentó allí, en su sillón favorito, a pensar un rato. Luego se levantó para coger una libreta y siguió pensando un rato más, mientras mordía un extremo del boli, antes de escribir:

Mary
Sr. Jeganathan
Thomas Kintry
Callie Barton

Era una lista de personas a las que, de alguna manera, había defraudado. Había decidido utilizar el tiempo que le quedaba para corregir aquella situación.

Mary estaba sentada sobre la hierba del parque Brandon Hill, con Bristol a sus pies. Estaba leyendo un libro, esperándole.

Mientras Kenny se acercaba, con una mochila colgada al hombro y una bolsa en la mano, Mary le ofreció una gran sonrisa, su sonrisa Kenny.

Dejándose caer sobre la hierba, Kenny dijo:

—Estás preciosa.

Ella hizo un aspaviento con la mano y fingió ruborizarse.

Kenny abrió la bolsa y le alargó una pequeña botella de zumo de naranja recién exprimida y una ensalada de frutas en un contenedor de plástico. Ella le pasó un bocadillo de beicon con lechuga y tomate. Se sentaron a comer un rato, arrojándoles trozos de corteza de pan a las glotonas ardillas. Luego Kenny dijo:

—Bueno, ¿cómo va todo?

—De perlas. ¿Y tú?

—No va mal. Pero he estado pensando.

—¿En qué?

—En nada en realidad. Cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Como por ejemplo, ¿eres feliz?

—Oh, ese tipo de cosas —Mary frunció el ceño. Era una pregunta silenciosa—. Soy feliz, sí. Los niños me hacen feliz. Stever es un capullo.

Stever era un hombre cariñoso y Mary lo amaba. Ella y Stever llevaban casados cinco años.

Kenny era el padrino de sus hijos. Adoraba a aquellos críos. Le gustaba chillar y revolcarse por el suelo y unirse a sus juegos. Le gustaba leerles cuentos a la hora de acostarse y ponerles voces distintas a todos los personajes. También le gustaba hacer dibujos para ellos; Transformers y bailarinas, perros y gatos, Jedis y monstruos hechos de mocos chorreantes.

Kenny asintió, pensando en ello, y abrió la mochila que había traído consigo. Del interior extrajo un grueso fajo de papeles, anudados con un cordel. Mary dijo:

—¿Y esto qué es?

Kenny le pasó el rollo. Contenía muchos bocetos al carboncillo, lápiz y acuarela, realizados sobre trozos sobrantes de papel y sobres, y también un par de óleos apresurados sobre arrugados fragmentos de lienzo.

Los bocetos mostraban a Mary riendo frente a la mesa del desayuno, con el pelo a lo Sally Bowles que llevaba entonces completamente enmarañado y manchas de *kohl* bajo los ojos; Mary con el flequillo tapándole el rostro, frunciendo el ceño mientras le da cuerda a un reloj de Félix el gato; Mary descalza con un pijama de algodón, sorbiendo de una taza humeante.

Había sido una buena modelo. Indulgente, paciente, divertida, inmune al frío y a los calambres.

Mary hojeó los bocetos, riendo entre dientes. Tenía lágrimas de nostalgia y de felicidad en los ojos.

—¡Mira qué pelos!

—Me encantaba tu pelo. Te quedaba muy bien.

Mary volvió a reunir los bocetos como si fueran una baraja de cartas.

—¿Y todo esto a qué viene?

—A nada en especial. Se me ocurrió que... Estaban acumulando polvo en un cajón. Para eso, prefiero que los tengas tú.

Mary estaba jugueteando con el hilo de cordel con el que habían estado atados los bocetos.

—¿Es este el momento en el que por fin te sinceras y me cuentas qué es lo que te pasa de verdad?

Kenny le mostró una gran sonrisa.

—¡No me pasa nada! Sólo estoy poniendo un poco de orden en casa. Pensé... ¿Qué sentido tiene que los siga guardando? Pensé que podrían gustarte.

—Me encantan.

—Bien.

—Deberías ser famoso. Eres muy bueno.

Kenny sonrió ante su amabilidad. Y sabía que hoy no podría tachar a Mary de la lista, porque no sabía cómo arreglar lo que se había echado a perder entre ellos hacía tanto tiempo.

Terminaron su picnic y se levantaron para marcharse, porque Mary tenía que volver al trabajo. Ella le dio un beso en la mejilla y un apretón en el codo y le dijo: «Te quiero», y le pasó la mano cariñosamente por la descuidada melena blanca. Él dijo:

—Yo también te quiero.

Y tras haber sido de este modo incapaz de poner sus asuntos en orden, Kenny fue a coger el autobús de regreso a casa.

Después del trabajo Mary volvió a la calle victoriana en la que vivía, situada en una empinada colina de Totterdown; una casa con vistas, pintada de colores alegres, en una calle de casas con vistas, pintadas de colores alegres, azules y amarillas y verdes.

Dejó las bolsas en el suelo del recibidor y fue a ver qué tal estaban Stever y los chicos.

Stever estaba leyendo un libro de cuentos de Ray Bradbury con una chillona portada de los setenta. Otis y Daisy estaban viendo los dibujos animados.

Mary les dio un abrazo y un beso a los chicos y les preguntó qué tal les había ido el día, pero no le contaron gran cosa. No pasaba nada: el rato que de verdad compartía con ellos llegaría más tarde, sentada sobre el borde de la bañera mientras se ponían a remojo, charlando mientras se secaban solos y se ponían los pijamas, leyéndoles cuentos y jugando a «veo, veo» con Otis.

También le dio un beso a Stever. Llevaba puestos unos vaqueros cortados por la rodilla, chancletas y una desgastada camiseta de *El prisionero*; el rostro de Patrick McGoohan desquiciado y mortecino tras años de dar vueltas en la lavadora y la secadora.

Stever tenía una larguísima melena y una gran barba pelirroja.

Al principio de salir, Mary le había chinchado hasta conseguir que se la afeitara, porque le picaba cuando se besaban. Él refunfuñó un poco, pero acabó haciendo lo que le pedía. Su rostro había quedado tan huérfano e indefenso que Mary se había disculpado y le había dicho que se la dejara crecer de nuevo. Ahora ese mismo picor le resultaba agradable, era un símbolo de hogar y de tranquilidad, de bienestar.

Mary se sentó con las manos sobre las rodillas y la espalda bien recta frente al televisor. Stever la miró de reojo por encima de su libro, dobló la esquina de una página, lo cerró y lo dejó a un lado.

—¿Qué te pasa?

Siempre lo sabía. Era una de sus características.

—He estado con Kenny —dijo ella—. En el parque, junto a la torre Cabot.

En otro tiempo, Stever había sido el mejor amigo de Kenny. Solían recorrer el país en la vieja VW Combi de Kenny para arar círculos en los sembrados, utilizando planchas de madera, cuerdas de acampada y clavijas de tienda de campaña. Seguían siendo amigos, aunque de otro modo.

—¿Cómo está? —preguntó Stever. Mary dijo:

—¿Puedes salir conmigo un momento?

Stever frunció el ceño y se levantó, se retiró el pelo de la cara y siguió a Mary hasta el estrecho pasillo, cerrando la puerta al sonido de *Bob Esponja*.

—Me ha dado esto —dijo Mary, y le mostró a Stever el montón de bocetos.

Stever desató el nudo, les echó un vistazo. Miró a Mary.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Está bien?

—No lo sé.

—¿Debería ir a verle y hablar con él?

—No hablará contigo. No si no quiere hablar conmigo. Se cerrará en banda y punto. Siempre hace como si no pasara nada... Especialmente delante de nosotros.

—En cualquier caso, debería llamarle. Decirle que se pase por aquí un día. Podríamos ver un par de pelis. *El día de los muertos* o algo así. Salir a tomar algo.

Mary cogió una mano de Stever entre las suyas, se la acercó al rostro y le dio un beso de mariposa en los nudillos.

—Mejor dale un par de días.

—¿Estás segura?

—Sí. Le llamaré mañana. Para asegurarme de que está bien.

Al día siguiente, Mary llamó a Kenny durante la pausa del café. Volvió a llamarle al mediodía y de nuevo a última hora de la tarde, pero Kenny no respondió.

En el autobús, de camino a casa, le envió un mensaje: *tas bien? Bs.*

Tampoco respondió a eso.

Mary seguía conservando la pequeña agenda negra que ella y Kenny habían tenido siempre junto al teléfono. Sus páginas estaban repletas de direcciones añadidas y tachadas en el transcurso de muchos años. Actualmente la guardaba en un pequeño cajón en el piso de arriba.

La desenterró y localizó el número de móvil de una mujer llamada Pat Maxwell. Lo marcó y oyó un ronco y titubeante «¿Diga?».

—¡Hola, Pat! Soy Mary. ¿La de Kenny Drummond?

—¿La Mary de Kenny?

—¿Te acuerdas de mí?

—¿La pequeña y bonita Mary de pelo oscuro?

Mary se sintió desarmada al oír aquello y deseó que no hubiera sido así. Pat dijo:

—¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

—Me estaba preguntado si habrías hablado con Kenny.
—Quién, ¿tu Kenny?
—Sí, mi Kenny. Mi antiguo Kenny.
—No desde hace años. ¿Por qué?
—Por nada.
—¿Estás segura?
—Bueno, francamente estamos un poco preocupados por él.
—¿Y eso?
—No es nada. Es una tontería, de verdad.
—¿Tan tontería como para que me hayas llamado? ¿Tiene algo que ver con el asunto Kintry?
—No, no es eso.
—¿Estás segura?
—Bastante segura. Pat, lo siento. Probablemente no sea nada. No quiero ser una molestia.
—No te preocupes por eso, cariño. Me alegro de que hayas llamado. Te diré lo que haré: si por lo que sea se pone en contacto conmigo, te llamo. ¿Qué te parece?
—Eso estaría genial. O sea, probablemente no sea nada. Pero sí, gracias.
—De nada. ¿Qué tal los nenes?
—Están estupendos.
—Me alegro por ti.
Mary le dio a Pat su número, por si acaso, y luego colgó.
Había esperado que oír la voz de Pat pudiera tranquilizarla. Pero sólo había servido para empeorar las cosas.
Igual que la mención a Thomas Kintry.

Thomas Kintry era un chico jamaicano de once años que había vivido no muy lejos de casa de Kenny y de Mary, cerca de la estación de Lawrence Hill. En 1998, su madre lo había enviado un sábado por la mañana al supermercado United de la esquina, porque se habían quedado sin leche para el desayuno.

Mientras Thomas recorría Bowers Road, fue abordado por un hombre blanco que conducía una pequeña furgoneta comercial.

—Colega —dijo el hombre de la furgoneta, bajando la ventanilla—. Colega, perdona. ¿Tienes un minuto?

Thomas Kintry miró al suelo y siguió caminando. Estuvo a punto de chocarse con Kenny, que en ese momento salía de su portal para dirigirse con tiempo al trabajo.

Normalmente, Kenny no trabajaba los sábados. Sencillamente tenía un par de encargos que debía terminar.

Se volvió para ver al muchacho alejarse a paso rápido con la mirada clavada en el suelo. A continuación se fijó en la furgoneta. Circulaba lentamente.

Estas dos cosas, el chico alejándose rápidamente, la furgoneta lenta y acechante tras él, hicieron que se sintiera incómodo.

En el momento en el que la furgoneta pasó junto a él, el

conductor volvió la cabeza y miró a Kenny a los ojos. A continuación aceleró, giró a la derecha y desapareció a gran velocidad.

Kenny no sabía qué hacer.

¿Acababa de pasar algo?

Se quedó allí en pie, sintiéndose ridículo, mirando con los ojos entrecerrados hacia el sol bajo de la mañana.

Dio un par de pasos dubitativos. Empezó a caminar y luego volvió a detenerse. Aguardó, sintiendo cierta congoja, hasta que vio que el chico entraba en el supermercado de la esquina, al final de la calle.

Entonces, aliviado, Kenny se dio media vuelta y siguió caminando en dirección opuesta, hacia la parada del autobús.

Cuando Thomas Kintry salió del supermercado de la esquina, la furgoneta había regresado. Le estaba esperando al otro lado de la calzada.

El conductor estaba cruzando la tranquila calle.

—Colega, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Thomas.

—¿Tomas qué?

—Thomas Kintry.

—Claro. Si ya me había parecido que eras tú.

—¿Por qué? —preguntó Thomas Kintry.

—Lo siento, chaval. Ha habido un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Será mejor que me acompañes.

El hombre respiraba de manera extraña. Cuando Thomas dudó, el hombre se relamió los labios y dijo:

—Me han enviado para que te lleve con tu madre. Será mejor que entres.

—No hace falta, gracias —dijo Thomas Kintry.

—Tu madre podría morir —dijo el hombre, intentando dirigir a Thomas Kintry por el codo—. Será mejor que te des prisa.

—No hace falta, gracias —repitió Thomas Kintry, intentando sacudirse educadamente la rígida mano del hombre.

—Me buscarás un buen lío si no vienes conmigo —dijo el hombre—. La policía me ha enviado a buscarte. Nos vas a meter en un buen lío a los dos.

Thomas Kintry no dijo nada. Se limitó a seguir caminando. En una mano llevaba una bolsa del Spar con un par de botellas de leche desnatada y un paquete de cebollitas en vinagre marca Monster Munch.

El hombre agarró a Thomas Kintry por el hombro para intentar darle la vuelta y empujarle hacia la furgoneta.

Thomas Kintry intentó echar a correr, pero el hombre lo tenía agarrado con demasiada fuerza. El hombre empezó a arrastrar a Thomas Kintry hacia la furgoneta, medio en volandas.

Thomas Kintry quería gritar, pero se sentía demasiado avergonzado. Sabía que uno no debe gritar a los adultos, sin importar lo que estén haciendo. Era un niño muy bien educado.

Un tendero de mediana edad llamado Pradeesh Jeganathan observaba todo esto desde detrás del escaparate del supermercado United. Vio que el hombre trataba de levantar al chico delgado y llevarlo hacia la furgoneta aparcada en la esquina. El señor Jeganathan vio que del tubo de escape de la furgoneta salía un humo azul. El hombre había dejado el motor en marcha.

El señor Jeganathan cogió el bate de críquet que guardaba bajo el mostrador. Tenía la empuñadura envuelta en cinta aislante de color azul brillante. Salió corriendo de la tienda, acompañado del familiar sonido de la campanilla de la puerta.

El señor Jeganathan gritó:

—¡Eh! ¡Usted! ¡Eh! ¡El de la furgoneta!

El hombre soltó a Thomas Kintry.

Thomas Kintry soltó su bolsa y corrió. Corrió hasta llegar a su casa.

El señor Jeganathan corrió hasta la furgoneta, blandiendo el bate y rugiéndole al conductor.

El señor Jeganathan llegó justo a tiempo para asestarle un golpe sobre los hombros con el bate. Intentó derribar al hombre y tirarlo al suelo, pero éste, en un momento de pánico, mordió al señor Jeganathan en la mejilla y luego en la oreja.

Aun sangrando, el señor Jeganathan fue capaz de hacer añicos una de las luces de freno de la furgoneta antes de que el hombre se alejara en ella a toda velocidad.

El señor Jeganathan regresó tambaleándose hasta la tienda, tapándose la herida de la cara con una mano. Primero llamó a la policía. Después, tuvo su tercer ataque al corazón en otros tantos años.

Aquella noche, en el telediario local, la policía hizo un llamamiento en busca de testigos. Así que Kenny, al cual habían educado para que hiciera siempre lo correcto, acudió a la comisaría.

La policía había dejado de emplear a dibujantes. Un agente especialmente formado para ello utilizaba un programa de composición de imágenes.

De modo que mientras la inspectora Pat Maxwell observaba, enlazando un pitillo tras otro, el joven agente le fue pidiendo a Kenny que seleccionara distintos rasgos del rostro del conductor: los ojos, la boca, la nariz. Estos elementos quedarían luego compuestos para formar una cara.

Los policías fueron pacientes, pero Kenny se vio desbordado por la abundancia de opciones. Pronto se dio cuenta de que no era capaz de recordar qué aspecto tenía el hombre de la furgoneta. Percibiendo su ansiedad, Pat se lo llevó al pub y le dijo:

—No has defraudado a nadie. Si quieres saber la verdad, estos retratos compuestos sólo tienen un índice de precisión del veinte por ciento. Es el problema con los testimonios de los testigos. Sencillamente nunca son demasiado buenos.

Le habló de un estudio realizado por la Universidad de Yale:

—Seleccionaron a una serie de soldados jóvenes, en forma y bien entrenados, y los pusieron cara a cara con un interrogador, un cabrón realmente agresivo, durante cuarenta y cinco minutos.

»Al día siguiente les pidieron uno por uno que identificaran al interrogador en una rueda de reconocimiento. El sesenta y ocho por ciento escogió a un hombre equivocado. Eso después de cuarenta y cinco minutos cara a cara, sentados frente a una mesa en una habitación bien iluminada. Tú no viste al tipo de la furgoneta más de dos segundos. Tres como mucho.

—Pero ¿y si vuelve a estar ahí afuera ahora mismo —dijo Kenny— al volante de su furgoneta, buscando a otro niño? ¿Y si eso pasa por mi culpa?

—No sería culpa tuya ni de ningún otro. El único culpable sería él.

Kenny sabía que Pat tenía razón, pero en lo más profundo de su ser no estaba de acuerdo.

Nunca atraparon al hombre que había intentado raptar a Thomas Kintry.

Kenny nunca había dejado de pensar en ello.



VALDEMAR / ES POP EDICIONES

INFORMACIÓN ADICIONAL

info@espop.es